



EL TEMPLO DE SANTA CRUZ EN MEDINA DE RIOSECO.

Hay tiempos que hacen época en la historia de la humanidad, y siglos que cambian la fisonomía de las naciones. Para el espíritu superficial que no mira las cosas sino en globo, estos sucesos no tienen significación, ni son mas que fortunas ciegas; pero el hombre pensador, el filósofo, encuentra en ellos un enlace íntimo, una providencial armonía de causas y efectos, de reciprocas influencias. Esto es lo que debemos á la filosofía de la historia, á la admirable y fecunda ciencia de Vico, que tan grandes horizontes ha franqueado en la existencia universal.

Si á la luz de esta moderna antorcha contemplamos el siglo XVI, hallamos sin duda que fué una de las épocas mas decisivas del mundo, una de las fases mas profundas y vehementes de la civilización. Con dificultad se podría distinguir en los anales modernos, desde la caída del imperio de los Césares, otra circunstancia tan importante y poderosa sobre los destinos del Occidente como la edad de Leon X. No es cosa de engolfarse en investigaciones críticas en un trabajo como el presente. Pero si la ocasión lo permitiera, habíamos de ver que el decantado siglo de Luis XIV en el mundo teutónico, ni el de los Augustos y Mecenas en la civilización latina, tuvieron tan elevado carácter y fuerza de acción, ni tantos títulos á las atenciones de la posteridad como aquel tiempo de grandezas de todo género.

Aquel siglo merece, cual otro, el antonomástico dictado de *grande*; porque todo en él lo fuera: nombres, hechos, invenciones, descubrimientos; las ciencias y las artes, fortunas y desdichas, verdades y errores, todo respiraba grandeza; todo tuvo grandes, si bien respectivos, resultados. Es verdad que, llevando por precursores de su advenimiento la invención de la imprenta, la toma de Granada y el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo, no podía menos de ser un tiempo fecundo y digno de patente de primer orden. ¡La invención de la imprenta, que, segun la feliz definición de un escritor francés, «es el mayor lucero de la historia!» Y el triunfo de la Alhambra y la conquista de América, proezas inmortales, juntó á las

que la guerra de Troya y las campañas de Alejandro son deslustradas y mezquinas páginas que desaparecen ante el esplendoroso nombre de Colón y de Gonzalo, como las estrellas á los primeros rayos del sol en el horizonte!...

El siglo XVI fué, á nuestro juicio, la inauguración de una nueva y vivificante era para la Europa; varió de todo punto su faz, y señaló el principio de su propia é inteligente existencia. Donde quiera hubo animación y progreso, movimiento y espontaneidad, genio y aspiraciones al porvenir. Prescindiendo de las hondas luchas que le agitaron, encontraremos allí grandes conquistas para la humanidad, á pesar de tiránicas aberraciones del poder material. En las ciencias aparece una generación de talentos superiores, que descubre arcanos magníficos á la asombrada muchedumbre; y hacen frente á las preocupaciones y á la ignorancia sabios insignes que arrancan prodigios á la inspiración. La literatura, regenerada por la fecunda Italia, toma un vuelo deslumbrador; las artes hacen renacer los hermosos dias de la Grecia, y bajo la sombría atmósfera del Occidente brilla el rayo creador de Zeuxis, el destello de la gloria de Pericles!.....

Las artes. Ved aquí el punto relativo á nuestro actual propósito, y donde ya debiéramos estar si el inmenso campo que á la meditación presenta la época bosquejada no hubiese arrebatado la fantasía sobre los límites del pensamiento. Y efectivamente, las artes, y en particular la arquitectura, sintieron una revolución completa en el curso del siglo XVI. En él descuellan nombres inmortales, que llevaron las obras de la paleta y del cincel á lo mas acabado de la antigüedad clásica. El Pantheon rivaliza con el Pasthensu; Miguel Angel arrebató el cetro á Phidias; Roma nada tiene que envidiar á la floreciente Atenas.

La arquitectura cambió de ropages, y se presentó ataviada como una joven mórbida del Epiro gentil, donde habia brillado cual matrona severa y espiritual de la Jerusalem cristiana. Este fenómeno tiene su explicación filosófica en la historia del arte: mas su desenvol-

27 DE OCTUBRE DE 1830.



vimiento no era al actual objeto. El arte que durante el bajo imperio representaba la inmovilidad latina; que, regenerado por la conquista del Santo Sepulcro, se convirtió en expresión multiforme y simbólica, en fórmula esboscada, copiosa y atrevida de la idea progresiva, y que durante los siglos medios escribió, á falta de otros agentes, en el granito filigranado de las catedrales y monasterios la historia elocuente de muchas generaciones, con sus heroicas virtudes en las esculturas de los túmulos, con sus vicios misteriosos en los pórticos dibujados de monjes con pies de sátiros, y de obispos y magnates llevados en carretas tiradas por el diablo; este arte, en fin, que ha revelado siempre desde la India y el Egipto el espíritu y organización de las sociedades, como un jeroglífico reservado á los sacerdotes de la iniciación, debía participar, y participó en efecto, de la vicisitud unánime de aquel prodigioso siglo. En su consecuencia, pues, á la variedad y fantástico vuelo de la ogiva germánica sucedió la severidad, la acompasada armonía de los semicirculares clásicos; los pórticos multiformes de riquísima crestería, donde el osado artista bordaba con luminosos encajes los delirios felices del genio, fueron pospuestos á los peristilos inflexibles, á las líneas de simétrica magestad que cortaron el horizonte de Poestum; y aquellas naves aéreas, aquellas agujas transparentes de Burgos y de Reims, aquellas delicadas fascas de pilares perdidos en el espacio son reemplazados por redondas cúpulas, y macizas torres y poderosas pilastras de enérgica y varonil belleza. La revolución está consumada en el arte. Una nueva página se abre en el álbum del jaspe y del metal.

Existe en esto un singular fenómeno. Cuando la sociedad en los tiempos casi feudales yacía inactiva y monótona, sin acción espiritual ni aspiraciones profundas, la arquitectura era la síntesis de todo pensamiento progresivo, de toda tendencia innovadora. Y después, cuando ya Europa había tomado movimiento y empezaba la obra de su regeneración con recursos activos y fuerzas íntimas, entonces el arte cesa de ser simbólico y significativo para convertirse en meramente técnico, ritual.

Sea de ello cualquiera la razón crítica, el resultado es indudable. El renacimiento de la forma griega y romana destronó del altar del gusto á los tipos elípticos de los artistas cristianos.

Entre los grandes nombres que, resucitando las tradiciones de Calimaco y Metágenes, pusieron en desuso las vaporosas formas de los artistas de León y de Toledo, forjándose una aureola de glorioso recuerdo, descuellan, por lo que hace á nuestra España, dos figuras de primer orden, dos hombres de superior merecimiento: Herrera y Bautista de Toledo. En este maestro insigne y este discípulo tan digno de su maestro se simboliza el renacimiento de nuestra arquitectura, se cifra la nueva escuela, la revolución del arte, en fin. ¡Magníficos vestigios dejaron sobre el país; hermosas firmas tienen estampadas en los anales de la arquitectura! Herrera particularmente, el célebre creador del Escorial, es el favorito de los apasionados al renacimiento clásico. Con religioso celo se guardan y enumeran sus obras distinguidas; y la población que posee uno de esos monumentos, le conserva cual un timbre envidiado de nobleza y mérito.

Medina de Rioseco, la villa opulenta, centro del comercio castellano en aquellos, para ella, florecientes tiempos, espléndida y bizarra en la erección de monumentos religiosos, quiso tener una obra del grande artista de sus reyes, y vió alzarse en su recinto bajo aquella inteligente mano el hermoso templo parroquial dedicado á la Santa Cruz. La obra fué digna del autor y del objeto.

Vedla ostentarse magestuosa y bella sobre el suave declive de una de las dos ténuas prominencias donde asienta la ciudad, á la derecha de su calle mayor en una bonita placeta que permite desarrollar toda su gallarda perspectiva. Disfrútase de ella en un solo golpe de vista de admirable efecto y sorprendente impresión, desembocando por las bocacalles superior é inferior. Desde este punto cuentan que exclamó Napoleon sorprendido á la vista de tan hermoso espectáculo:—*Oh, también anduvo por aquí el famoso Herrera!*...

Precedela un átrio espacioso de forma casi rectangular, ceñido con balaustrada de hierro, sostenida por sendas pilastras, que coronan leones de granito con escudos heráldicos, é intercalados de graciosos pedestales con esféricos remates. En el fondo de este vestibulo preséntase la elegantísima fachada del templo (que damos en lámina) al frente septentrional del perfecto paralelogramo que forma su planta general, donde compiten la magestad atrevida y la sencillez voluptuosa de las mas puras tradiciones griegas. Compónese de dos cuerpos, rematados por un inmenso frontispicio. El primero pertenece al estilo corintio. Diez pilastras de medio resalto, implantadas sobre basamentos áticos, formando en los centros de su línea recta una especie de saliente, ceñidas de primorosos capiteles con flexibles caulículos, y coronadas de un cornisamento completo, constituyen el frente inferior, terminado á los extremos superiores con dos cartelas recibidas sobre pedestales robustos con sus enormes globos. En

el punto céntrico y sus inmediatos intercolumnios se rasgan la puerta principal del templo y las dos laterales, de forma rectangular, adornadas con jambas y sobrejambas, dinteles y coronamientos de selecto gusto. Un espacioso medio punto cobija la central, haciendo una especie de pórtico cubierto, sencillamente decorado. Sobre cada cual de las portadas menores se dibuja un targeton cuadrangular, primorosamente abierto en medio relieve. El asunto del de la derecha es la Invencción de la Santa Cruz; y el opuesto representa la muerte de Santa Elena. Al pie de ellos abrieron los constructores dos letreros, que maltratados por pueriles manos, no ostentan legible su íntegro contenido. Tan solo se entiende en uno de ellos «...á costa de los feligreses, siendo cura...» y en la otra nada mas que «eclesiástico merino mayor de cuar... año de 1727.» Esto es, sin duda, muy posterior á la época del templo. En los intersticios inmediatos se hallan bajo semicirculares nichos las sibilas Cumea y Sámia, esculturas en piedra de talla menor que natural, pero de buena ejecución. El resto de los claros está cuajado de grandes casetones rectángulos, que guardan consonancia con el adorno general.

Surge el segundo tramo con un zócalo que sirve de asiento á una decoración compuesta, perfectamente armónica y proporcional á la precedente. Ocho pilastras en banda, correspondientes á otras tantas inferiores, con su espaciosísima lucerna cuadrilonga, y cuatro nichos de medio punto, adornados (menos los extremos) con filetes y fajas, y coronados de airoso capirotes del tipo romano, con recuadros en los blancos restantes, y una cornisa clásica son los constitutivos de esta combinación. Dañe empero mayor realce y noble arrogancia cuatro estatuas colosales, en los nichos, que representan á nuestro Rey don Alfonso, el de las Navas; á Heraclio, emperador bizantino; á Constantino el Grande, y á su madre la Emperatriz Santa Elena. Y hacen juego con estas las imponentes figuras de Isaías, profeta, y David, Rey, establecidas, como las anteriores, encima de lindas peanas, y colocadas sobre el cornisón del primer cuerpo. Así como, apeado en el del superior, cierra la obra esterna un frontis triangular, adornado por dobles pedestales corridos con cuatro globos pareados, y concluido por un elegante pedestal, que sirve de pie á la inmensa cruz de piedra, que perdida en el espacio, parece á la luz del sol el sagrado Lábaro, donde inscribió la mano de los ángeles el victorioso lema del primer Emperador cristiano.

El conjunto de la construcción, que alcanza 143 pies de altura, por 122 y 88 de anchura en sus dos alzados, revela desde luego al grande arquitecto. Nada falta y nada sobra. Todos los detalles se dejan ver en su lugar y proporción, y siendo los mas que podrían ser, aparece sencilla y rica, severa y elegante. Es una belleza griega, es una joven Peloponesiaca vestida y coronada para los misterios del Bosque Sagrado. En ella se amalgaman con inefable encanto la blandura con la dignidad, la sencillez con la pompa: sin confundirse, sin perjudicarse, y formando un delicioso contraste, una especie de claro-oscuro de mágica inspiración.

En nada se debilita este efecto cuando el curioso desemboca en lo interior del templo. Desarróllase ante los ojos la suntuosa basílica, de una sola nave, coronada por la inmensa bóveda semicircular, que monta sobre dos gigantescas galerías laterales, y encaja entre vastísimos y delicados medios puntos de sillería. No hemos visto cosa así en España, y acaso no tenga rival. Comprende su ámbito 433 pies de longitud, por 93 de elevación, y 104 de anchura, incluidas las galerías de los costados, las cuales se forman por dos órdenes de elegantísimos arcos romanos, sostenidas por bizarras pilastras de orden corintio, por el tenor de la fachada, cuyos capiteles parecen modelados de cera. ¡Tal es, y tan flexible y primorosa la forma de sus flores, caulículos, hojas y demas accesorios! Un cornisamento de gran vuelo corre por todos los abacos de la pilastrada, resaltado de innumerables modillones, ejecutados con la mayor limpieza. El fondo de ambas galerías le forman ocho capillas, que si estuvieran corridas harían dos naves menores; pero el arquitecto las cerró, y acaso fué su idea hacer lucir mas la gran nave, dando una inteligente prueba de combinación y conocimiento de los efectos. Cierra el templo en la parte superior central la capilla del presbiterio, coronada por una cúpula mezquina para tan suntuoso cuerpo. Es un gigante con cabeza de niño. Y á sus lados, en los ángulos del cuadrilongo, se alzan la torre y la sacristía, también desproporcionales y menguadas. Estos defectos se explican fácilmente con saber que la obra no está concluida. Debíó, á nuestro sentir, el artista imaginar un crucero vastísimo, según el tipo occidental de los templos: pero no se construyó mas que el tronco y un brazo, que le forma la torre, faltando el otro y la cabeza. En cada cual de las alas se trazó una aguja, que debía ser de grandes proporciones, á juzgar por la que existe, aunque sin concluir. Su planta es un cuadrado que sirve de fundamento á los dos primeros cuerpos actuales, de los que el inferior es una especie de basamento liso, siendo el segundo un pabellon cuadrado, de órden toscano, con pilastras intercaladas de arcos me-



dios puntos, y cerrado inoportunamente por un tejado piramidal con su frágil capitel. En su lugar parecemos había de arrancar de aquí un nuevo tramo en forma poligonal, conforme á las torres del Escorial y de la catedral de Valladolid. La del extremo opuesto no se halla ni tiene mas que el fundamento, que es la actual sacristía: en lo demás solamente anuncian su proyectada colocación los arranques vivos de la fábrica. Los planos que parece existían en el archivo de la parroquia, cuya desaparición nos priva de apurar la mente del arquitecto, júzguese que estaban conformes con nuestras inducciones artísticas.

Hay en Santa Cruz esculturas y cuadros de mérito: pero su mejor tesoro, el cuadro de los Pastores, original de Murillo, fué vendido por gentes inespertas y profanas al arte, casi de valde, para una reparación de la fábrica.

Aquí teneis, en suma, el famoso templo de Santa Cruz, que ha ocupado dignamente á Ponz y otros investigadores nacionales y extranjeros, que toman codiciosos muchas vistas y estudios en este hermoso recuerdo de nuestro primer arquitecto; la basilica, que forma una de sus mejores glorias; la obra, por fin, del *renacimiento* mas bella de la vieja y religiosa Castilla. Tendría quizá una belleza demasiado bizarra y seductora para templo cristiano, si la bien combinada distribución, la sabia economía de sus accesorios y la inteligencia de sus lineamientos no templasen la molición ática, fundiéndola con la gravedad y el carácter místicos, en armonioso y admirable conjunto, semejante al que produciría la tierna virgen de la encantada Elida con el traje sacerdotal de las Vestales misteriosas.

Medina de Rioseco alzó á sus espensas esta colosal fundación. ¡Gran muestra de piedad, y no menor testimonio de opulencia de cultura y bazarria!

¡Hen!...; quantum mutatus ab illo!

¡Cuántas veces, perdidos por el átrio solitario, hemos contemplado á la blanda luz de la luna la hermosa perspectiva, remontando la fantasía á las regiones de lo desconocido, para encontrar un soplo de purísima inspiración, lejos de las cenagosas realidades del mundo, como el viajero fatigado del desierto bajo la sombra de la palma incorruptible, que dió abrigo á los profetas de Israel! Otras tambien, y en alas del arrabamiento, veíamos la lumbre de la inmortalidad circuyendo la blanca imagen del genio, recreándose en su gloria y alzándose imperecedera sobre su propio altar! Solamente las almas entusiastas, no mas que los corazones de grandes fuerzas, comprenden el misterio mefable de semejantes imaginaciones, que son el aliento mas puro del espíritu, el himno sublime del sentimiento, la única é inmaculada poesia de la existencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

## PABLO Y VIRGINIA.

Se ha publicado esta obra, completa en una sola entrega de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, adornada con 15 grabados y con una linda cubierta de color. Es tal la baratura con que aparecen las obras en esta coleccion, que cada entrega que, como la de *Pablo y Virginia*, contienen *mas lectura* que un tomo en 8.º español, y va adornada con lindisimas láminas, solo cuesta al suscriptor un real en Madrid y real y medio en provincias. Es la primera vez que los libros se ponen verdaderamente al alcance de todas las fortunas, armonizando la baratura con la elegancia de las ediciones, para las cuales hemos adoptado el mismo tamaño, sistema y combinacion adoptados en Francia, Inglaterra y Alemania, como el único medio de *llevar á los últimos límites de la verdadera baratura en punto á libros*. Consúltase la lista de obras que figura en el prospecto, véanse los precios marcados para cada una, y no podrá menos de convenirse en que hasta ahora nada se habia hecho que se acercara en baratura y ventaja á las ediciones de la BIBLIOTECA.

## EL OCCEANO Y SUS MARAVILLAS.

### II.

#### Movimientos del mar y sus efectos.

Es muy creible que si el Occéano estuviera privado de sus movimientos periódicos, se convertiría muy pronto, á pesar de la sal de que está impregnado, en una masa de agua insalubre. Han notado los marinos que despues de una calma de varios dias, empezaba á corromperse el agua del mar, y que sus exhalaciones no dejaban de ser peligrosas para la tripulación.

Así pues, los movimientos impresos al agua del mar son necesarios. Por eso ha dispuesto la Providencia que unos fueran constantes, y otros casuales. Los movimientos constantes toman los nombres de *mareas* y de *corrientes*. Los casuales son muy variados. Los hay producidos por el viento, ya sea que rice ligeramente la superficie de las aguas, ó que las conmueva en olas inmensas. Hay despues los remolinos, los surtidores, los temblores de tierra en el

lecho del Occéano, la evaporacion que se efectúa en su superficie, y el tributo continuo que le ripden las nubes y los rios.

No es raro el ver al mar traspasar sus límites, abandonando una parte de sus dominios para invadir nuevas playas. A consecuencia de revoluciones submarinas, surgen islas de improviso, al paso que otras desaparecen. Consideraremos separadamente estos fenómenos diferentes.

Las aguas del mar obedecen á una fuerza invisible pero constante, avanzando durante cierto número de horas del sur al norte. Mientras dura este movimiento de progresion, se inflan y elevan bastante sensiblemente para detener en sus embocaduras el desahogo de los rios. Esta fase primera de la marea, llamada *marea alta*, *subida de la marea* ó *flujó*, dura seis horas. Al cabo de este periodo, la mar parece quedarse en un estado de reposo durante un cuarto de hora próximamente. Despues vuelven á bajar las aguas durante otras seis horas, y los rios siguen su curso. Esta fase segunda, periódica y regular como la primera, se llama *marea baja*, *bajada de la marea*, ó *reflujo*. Este movimiento es seguido tambien de un cuarto de hora de reposo, despues del cual se efectua de nuevo el *flujó*, y así sucesivamente. Se vé por esto que la mar avanza y retrocede dos veces por dia, pero no exactamente en horas determinadas, por los momentos alternativos de reposo; de modo que las mareas del dia están retrasadas cerca de tres cuartos de hora de las del dia anterior.

¿A qué poder, á qué influencia atribuiremos este fenómeno? Le es estraña la accion de los vientos: es preciso pues, buscarle otra causa. Recordemos que la tierra gira sobre si misma en veinte y cuatro horas. Por consiguiente este movimiento de rotacion no corresponde á la fluctuacion periódica de las aguas. Veamos si la luna nos dá algun medio de resolver este problema. Efectivamente, un dia lunar es precisamente de doce horas y cuarenta y ocho minutos, es decir, que este astro se vá retrasando cada dia cuarenta y ocho minutos antes de alcanzar el mismo punto aparente del firmamento en que se le observa la vispera. Se vé, pues, que hay en cuanto al tiempo una correspondencia exacta entre los movimientos de la luna y los de las mareas. Se ha observado además, que los efectos de las mareas varian segun los diferentes aspectos de la luna. Esta relacion bastaria para hacernos admitir, en lo concerniente al *flujó* y *reflujo*, la influencia de nuestro satélite, aun cuando no vinieran otras causas á apoyar esta deducción. Siendo general en la naturaleza la ley de la gravedad, que hace que nuestros cuerpos busquen siempre la tierra, resulta que la luna atrae las aguas de nuestro planeta, á pesar de su lejania, y que la atraccion terrestre no basta para neutralizar completamente este efecto.

El agua, por su naturaleza, es particularmente muy propia para manifestar los efectos de esta influencia; reunida en volúmen considerable, cede á la atraccion de la luna, y se eleva ó vuelve á caer á medida que el movimiento de la tierra la somete ó la sustrae á la accion atractiva de aquel astro. El sol, aunque dista unos 34 millones de leguas de nuestro globo, conserva sin embargo cierta fuerza de atraccion, y cuando el sol y la luna se hallan, con relacion á la tierra, en una misma direccion, las mareas son mas considerables.

El Mediterráneo, el mar Negro, y otras masas de agua encajonadas en sus costas, no están sometidas en tanto grado á los fenómenos de las mareas como los mares grandes. Esta es la causa de que los pueblos de la antigüedad, que rara vez navegaban en el Occéano, ignoraran los efectos del *reflujo*, y debió ser grande la sorpresa de los soldados de Alejandro cuando vieron las aguas del Indus elevarse y bajarse en su embocadura unos 50 pies. El efecto de las mareas es muy sensible particularmente cuando la embocadura de los rios es considerable, y que su corriente tiene la misma direccion que la del mar. En Chepstouv, en la provincia de Monmouth, en Inglaterra, la marea se eleva á una altura perpendicular de 60 pies.

La mar tiene movimientos de otra clase, llamados corrientes. Corren en todas direcciones y deben su origen á diferentes causas, tales como la prominencia de la costa, el espacio angosto de los estrechos, las variaciones de los vientos, y las desigualdades del fondo. Con frecuencia ofrecen las corrientes peligros inmensos á los marinos, ya sea que les arrastre insensiblemente lejos de su derrotero, ó que los lleve hácia los escollos, arrecifes ó bajos. En las costas de Guinea, si pasa un buque de la embocadura de cierto rio, se vé impedido por la corriente de acercarse á ella de tal modo, que tiene que volver á alta mar y hacer un gran rodeo, para volver al punto de entrada. Las corrientes mas notables son las que reinan en el Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar, y á la salida del mar Negro, cuando se entra en el Archipiélago. Además de las aguas que hay en el Mediterráneo, recibe este mar rios considerables, como el Nilo, el Ródano, el Poo, etc: sin embargo, no tienen sus aguas salida conocida, y este acrecimiento continuo, no les hace sumergir sus costas. Se ha tratado de hallar la razon de este fenómeno, y se esplica con circunstancias probables. Se supone que existén en esta



corrientes submarinas, ó que desahoga sus aguas por conductos subterráneos, refiérese que un árabe que había pescado un delphin en el Mediterráneo, le puso un anillo de hierro, y le volvió á arrojar al agua. Algunos años despues cogieron un delphin que tenia el referido anillo puesto en el mismo sitio, por lo cual se conoció que era el mismo. Pero como nada puede comprobar la veracidad de este aserto, es preciso atenerse á conjeturas.

Las corrientes mas peligrosas son las que giran alrededor de un punto céntrico, y forman una especie de embudo donde todo lo que flota es arrastrado al fondo del abismo: esto es lo que se llama un remolino conocido vulgarmente en los rios con el nombre de olla. El de Malstron, en la costa de Noruega, está considerado como el mas terrible. La masa de agua que pone en movimiento forma un círculo de cuatro leguas de circunferencia. En medio hay una roca contra la cual se estrellan las olas con gran violencia á la subida de la marea: entonces el remolino traga inmediatamente todo cuanto se halla en su esfera de actividad, árboles, embarcaciones, etc. Ni el esfuerzo de los remos ni las maniobras pueden sustraer los navegantes á este peligro. El piloto conoce al instante que el buque marcha en direccion contraria á la que debia seguir; el movimiento del buque, que antes era lento, se hace cada vez mas rápido, describe círculos que van disminuyendo progresivamente de circunferencia, hasta que va á hacerse pedazos contra el peñasco para desaparecer completamente, á no ser cuando el reflujo arroja fuera los restos. Hasta los animales se ven en la imposibilidad de librarse de la vora-

cidad de aquel torbellino. Se han visto algunos que luchaban y arrojaban mujidos terribles al aproximarse al obispo como si tuvieran la convicción del peligro; esto les sucede con frecuencia á los osos que procuran pasar á nado á la isla inmediata para devorar el ganado. Se afirma que el ruido que produce el remolino de Malstron se parezca al de los truenos.

Siendo conocidas la naturaleza y posición geográfica de estos es-



collos, pueden evitarlos los navegantes, pero tienen que luchar frecuentemente contra los movimientos irregulares de la mar que la imprimen los vientos y las tempestades. Si la fuerza del viento arranca árboles grandes y derriba los edificios mas sólidos, cuán terrible debe ser cuando ejerce su poder sobre el Océano! Amontona olas sobre olas, y abre simas sin fondo al lado de estas montañas líquidas;



es palos, las velas, los aparejos son arrancados muchas veces y rotos en mil pedazos, y el buque es volcado sobre un costado ó con la quilla hacia arriba, y en estos momentos terribles, parece que solo un milagro puede librar á la tripulación de una muerte segura.

Sin embargo las tempestades por violentas que sean no asustan á los marinos experimentados, con tal que les cojan en alta mar, y que no tengan que temer las rocas, los escollos y los bajíos. El buque puede subir á la elevada cresta de una ola y bajar en el mismo instante á las profundidades del abismo, puede estar como sumergido en la espuma de las olas, y resistir sin embargo á todas estas pruebas, porque el agua cede atacándola; pero cuando es arrastrado con todo su peso contra una roca, ó cuando se halla en una posición en que sirve de obstáculo á las olas, es inevitable y pronta su pérdida. Los escollos y los arrecifes ó rocas á flor de agua ocasionan la mayor parte de los naufragios. Referiremos á nuestros lectores las relaciones siguientes, que no dejarán de interesarles.

Hace ya muchos años, envió el gobierno inglés el navio la *Bondad* al mar del Sud, á buscar algunos pies del árbol del pan que crece en Otahiti, y que debia transportar á las colonias inglesas de las Indias Occidentales. Ya estaban embarcados los árboles, y marchaba el navio hacia su destino, cuando se amotinó la tripulación y obligó al capitán y á 18 hombres á que se embarcaran en una lancha, abandonando á aquellos desgraciados á su suerte. El peso de su cuerpo y el de los objetos que les habian permitido que cogieran, ponian á la embarcación en el peligro de que se hundiera á la menor agitación del mar; la costa ó tierra mas inmediata de la que pudieran esperar auxilios, distaba 1500 leguas, y calculando el tiempo necesario para hacer esta travesía, sus provisiones se reducian, por día y por cabeza á una onza de pan y medio cuartillo de agua. Por vía de es-

traordinario podian tomar de vez en cuando un poco de carne de cerdo y algunas gotas de rom. Con recursos tan insignificantes, era probable que no pudieran soportar las fatigas de navegación tan larga. Cuando cogian con la mano algun pájaro, lo dividian en 19 partes que eran devoradas crudas al instante. Sin embargo consiguieron llegar á la isla de Tamor, donde hallaron toda clase de auxilios en los establecimientos europeos que les facilitaron los medios de regresar á Inglaterra.

Los sublevados se habian establecido en una de las islas de la Sociedad, donde la ley inglesa no tardó en alcanzarlos. Al regresar á Londres algunos marinos de la tripulación de la *Bondad*, dieron queja, y el gobierno envió la *Pandora* á buscar á los sublevados. El viaje de este buque fué casi tan desastroso como el anterior, aunque por causas distintas; el capitán consiguió apoderarse de 14 de los criminales, pero naufragó á su regreso en la estensa cadena de arrecifes que se estiende por la costa oriental de Nueva-Holanda, y en cuyas inmediaciones son generalmente tan violentas las corrientes.

La trompa marina es otra clase de fenómeno que se manifiesta, aunque menos veces, en el mar, y cuyos efectos pueden ser funestos á los navegantes. Al pronto se vé formarse como una nube espesa, blanca en su parte superior y oscura en la inferior. Baja de ella una especie de tubo ó columna que vá disminuyendo de volumen hacia su base. Este cono gira rápidamente sobre sí mismo con un ruido que á veces se asemeja al que produce la rotación de la rueda de un molino. Una trompa marina dura hasta que un golpe de viento, ó cualquiera otra causa accidental la rompe; entonces, el agua que se habia elevado cae de pronto con una fuerza suficiente para sumergir un buque que se hallara en su base. Cuando los marinos ven



Desde lejos una trompa marina, disparan contra ella un tiro de fusil cargado con postas, con lo que consiguen disiparla al momento. Formada la trompa marina, según se infiere, por el aire que, girando en columna cilíndrica, obra en el agua como podría hacerlo una bomba aspirante, cuando una ruptura en el tubo deja penetrar el aire exterior, obedece el agua á la ley general de gravedad, y tiene que caer otra vez al mar.



Algunas veces abandona la mar cierta estension de sus playas para invadir otros terrenos. Una gran parte del continente americano anuncia que las aguas han hecho en él una estación prolongada; las estensas llanuras que hay en la Rusia meridional, al norte y al este del mar Caspio, están cubiertas de plantas marinas, que hacen suponer que á consecuencia de alguna grande inundacion el Mediterraneo,

el mar Negro y el mar laspio formaban un lago dilatado, del que salian las cumbres del Cáucaso como islas.

Los temblores de tierra obran algunas veces debajo del Océano y las erupciones lanzan mas arriba de su superficie las materias que estaban ocultas en el fondo del abismo. Las mismas causas hacen refluir las aguas del mar sobre algunas partes del continente.

En 1851 se vió salir de improviso una isla en las costas de la Sicilia. Era notable por la elevacion de sus escabrosidades, de las que salian vapores y humo. Era probablemente el cráter de un volcan formado por algunos fuegos subterráneos. Al cabo de algunos meses, aquella isla se hundió poco á poco, y actualmente forma un escollo á pocos pies debajo de la superficie del agua. Varios terrenos habitados han sido arrebatados al dominio del Océano. Uno de ellos es el terreno que ocupa la Holanda. Sin embargo, no dejaría la mar de recuperarle sin los malecones y diques que la contienen en ciertos límites. La superficie de la tierra está allí generalmente mas baja que el nivel del mar; al aproximarse á sus costas parece que se hunden como un valle. A pesar de esto el terreno de Holanda se eleva cada dia mas por los objetos de diferentes clases que acarrean los rios, y por los trabajos del hombre. Las inundaciones son una de las plagas mas terribles de la naturaleza; algunas veces sepultan provincias enteras; aldeas y ciudades han desaparecido así, dejando solo fuera los tejados de las casas y las veletas de los campanarios como testimonio de su desastre. En el siglo XI, las propiedades del conde de Godwin, en el pais de Kent, en Inglaterra, fueron sumergidas enteramente.



En 1546, las aguas hicieron perecer unas 100,000 personas en el territorio de Dort, y un número mas considerable aun en los alrededores de Bullast. En la Frisia y la Zelandia fueron sepultados mas de 500 pueblecillos, y hace todavia pocos años, cuando estaba sereno el tiempo, se podian distinguir sus ruinas en el fondo del mar.

Las cuatro marinas que damos, dos en el primer artículo publicado en el número anterior, y las dos de este, representan: la primera *Una zia de calma*, la segunda *Una borrasca*, la tercera *El remolino de Malstron en la costa de Noruega*, y la cuarta *Un buque incendiado entre los hielos del mar del Norte*.

## LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Dejaron los conjurados que el Rey entrase en Segóbriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse; la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le

dispusiera y lo tomaria despues. Se dispondrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormia, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rato despues cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion que se estendia hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el Rey tomase la bebida mortifera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey, y aun recordándolos, temblaba con extraño frio al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio dia: Froya no habia vuelto; pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa: siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienes parecia que iban á saltársele: el



Rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda: Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viage.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliera la orden del Rey. Estó hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oírle:

—Yo he venido á Segóbriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oír cosas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habeis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda: no hay culpa que no haya querido cometer: he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Si, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arca ni la pompa de mi palacio: solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

—Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido; males he hecho; pero he hecho grandes bienes tambien: he sabido lo que han ignorado muchos: he gobernado á España con acierto, con gloria; por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mi mismo, no es extraño que sea tambien severo para con los demas, contigo. Oyeme, Teodosinda.

Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces: tu hermano solicitó el enlace: nada podía yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio: yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho no se le podía mandar como á un muchacho. Tú hasta entonces habias sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y activa; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo queria que mi hijo me sucediese en el mando: yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca: Teodosinda esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Recesvinto se habia prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo: él para olvidar su pasión á una muger cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como áscuas)

—Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasion y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasión habia vuelto á embravecerse, me servia sin pensarlo: Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su casamiento: esto último lo sentí, porque para con muchos próceres debía perjudicarle. Desde entonces mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda: te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer: ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos: yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder: tú ansias la grandeza: yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ansia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su esposa: tú por el contrario necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes,

y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo, te dió palabra de esposo; y por el bien del país, no debe cumplirla, ni él quiere, ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagrarar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo: pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda).

—Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibirás, te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y dá la mano á tu marido.

—¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decia á sí propia Teodosinda.—Imposible: ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo no lo seré. Pero ¡es tan dulce vengarse!

—Señor, dijo por fin sin atreverse á tender el rey la mano, ¿qué hareis de Floriana?

—No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja. Floriana volverá á ser esposa de Recesvinto.

—¡Su esposa!... exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse. ¡Su esposa!

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcon de la sala, numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oian claramente los instrumentos bélicos: ya cundian dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion; Teodosinda se repuso, y espresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la exclamacion de «su esposa» añadió solo esta breve palabra: —¡Bien!

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mía, le dijo benignamente el Rey: yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes: ha llegado el día en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela Floriana.

Floriana aletargada, aletada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente: ni la presencia del Rey allí ni el tono en que le hablaba, le causaron impresion ninguna: solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

—Hija mía, prosiguió el Rey, hazme tú la salva para que beba.

—Floriana no lo entendió.

—Bebe tú primero, Floriana: bebe en la copa en que va á servirte tu Rey, repitió Flavio poniendo á la hija del Valle la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se habia dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival: ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

—Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturridos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

—Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad, están en tu favor, aunque han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

—¡A mi lado! clamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habian quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito: —¡Muera el traidor!

—¡No he de vengarme! dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda señalando á Floriana, que perdido el conocimiento caia en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

—¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes:

(1) En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de san Eugenio.



yo mataré al que es objeto del tuyo.—Salióse de la sala corriendo.  
—Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.

Los que no habían seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

—Animo hija mia, ánimo, le decía el Rey sosteniéndola: van á socorrerte; aun es tiempo: tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua paralizada:—¡Perdon, perdon! esciamó la misericordiosa jóven, y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta que era de sólido roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, reciproca, les dió á entender que de aquella estancia solo había de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde había entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si soy yo el que perezco, contestó el principe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al principe, les había descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde había estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, había entrado Froya, hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto había sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, mientras éste había fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debía durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habían arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes había estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien había tenido amor; el resultado del combate había de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á estraviarse: agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crujir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del principe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien. Yéndose entonces á Recesvinto como un jabali al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del principe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado, Froya sin vida; Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey desatentado, llorando como un niño, cojió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el parage en que había caído, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se había suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

(Concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

A un pretendido retrato del Autor, y al Autor del pretendido retrato.

## SATIRA.

¡Mientes! Tú no eres yo. ¡Mientes, bellaco!

Pudo ser el de Gestas ese gesto;

Pudo ser el de Judas ó el de Caco:

¿Mio? ¡Jamás! lo juro y lo protesto;

Y para dar mi nombre á tal blasfemia,  
Ni en la Instituta hay ley, ni en el Digesto.

Pregunten en mi casa, en la Academia,

En el café, en el Prado, si mi cara

Espanta como el trueno ó la epidemia.

No es que blasone yo—¡Dios me librerá!—

De venusto y donoso y pulcro y lindo;

Mas... ¿figura de proa ó de manpara!...

No á las deidades del sublime Pindo

Culto daría tan aciago busto,

Que ruibarbo destila y tamarindo.

¿Cuándo fui yo tan áspero y adusto?

¿Cuándo fui tal que la muger en cinta

Se exponga al verme á malparir del susto?

¿Quién reconoce en tan aviesa pinta

Al que, si no presume de Narciso,

Tierno fué, y lo es aún, como un Aminta?

A hombre encarado así, fuera preciso

Que Pedro, sin mas trámite, la puerta

Tapiara del celeste Paraíso.—

Y una vez la impostura descubierta,

¿Será mucho un porvida á cada rasgo

Y por cada facción una reyerta?

Español ó francés, suizo ó pelasso,

¿No he de llamar calumniador infame

Al que así me trasforma en fiero trasgo?

¿He de sufrir sin que á los cielos clame

Que un temerario á engendro tan alevé

Manuel Breton de los Herreros llame?

¡Cómo! ¿justicia habrá para el que alevé

Injuria en una acción ó en un vocablo

A inferir á su prógimo se atreve,

Y no para el que en público retablo

Tal á un vecino honrado desfigura,

Que no osaría prohibirle el diablo?—

¡Feliz yo si tan ruin manufactura,

Ya que mi cara nó genuina y propia,

Fuese de ella mordaz caricatura!

Siquiera al troglodita de la Etiópia

El maligno pintor me asimilase,

Pudiera brujuleármese en la copia.

Nadie contra el pintor pide un ukase,

Que, aun ridiculizándole en estampa,

Le distingue entre el vulgo de su clase;

Y hay mas de un presuntuoso que se alampa

Porque su oscura faz caricaturen

Si así el mochuelo entre los cisnes campa.

Mis defectos propalen y censuren;

Lleven hasta la hipérbole la mofa:

Mas no, sin ton ni son, me desnaturen.

Pues no me juzgo de mejor estofa,

Y á un rey he visto convertido en pera,

Hagan de mí una col ó una alcachofa;

Mas ó diga: «he pintado una quimera,»

O el pintor en la que haga á su capricho

Deje algo de mi cara verdadera;

Y no se diga de él lo que se ha dicho

Del que al pié de sus torpes mamarrachos

Ponia: «este es un gallo; este es un micho.»

Rían de mí en buen hora los muchachos;

Pero rían de mí cuando en petacas

Me vendan, ó aleluyas, los gabachos.

Cuando á la feria mis facciones sacas,

Pintor, yo no te pido que me lóes

Ni que indulgente seas con mis macas.

Tengo una que ni Celso ni Averrôes

Pudieran corregir; la que siquiera

Me iguala en esto al inmortal Camôes:

Y el pincel detractor—¿quién lo creyera?—

Hasta en la ausente luz me falsifica



Trasladando el eclipse á la otra acera.  
 Porque cargue en lo feo no me pica,  
 Que fuera necio y femenil orgullo,  
 Quien me forja esa faz con que trafica.  
 Esopo — es ya verdad de Perogrullo —  
 Romo, giboso y de infeliz pergenio,  
 No brindaba de amor al blando arrullo.  
 Lindos no fueron Alarcon, Celenio,  
 Ni otros cien que á la cumbre del Parnaso  
 Se alzaron en las alas de su genio.  
 Mas algo de ese genio nada escaso  
 Hubo de traspirar; algo el oculto  
 Fuego brilló á través del toscó vaso.  
 Yo, mediocre poeta, no en mi bulto  
 Pienso escrito llevar *Deus in nobis*;  
 Pero ni soy feroz, ni soy estulto;  
 Y tanto á mi semeja el *coram vobis*  
 Con que cual *vera effigies* se me vende  
 Como á Ataulfo, ó Recesvinto ó Clovis. —  
 Pero el que tanto con su brocha ofende...,  
 Al arte mas que á mi, no es compratriota  
 Sino un *quidam* anónimo de allende.  
 Y es maravilla que fandango ó jota  
 Bailar no me haga en traje charanguero  
 Con un trabuco al márgen y una bota:  
 Que, ya sea rufian ó caballero,  
 Para pintor de extrangis solo un tipo  
 Tiene el pueblo español: el guerrillero.  
 Y mienten; que, aunque yo no participo  
 De tan precioso dón, hay aqui talles  
 No indignos de Timantes y Lisipo.  
 Y si España en los campos y las calles  
 De horribles cataduras no escasea,  
 Hartas hay mas allá de Roncesvalles.  
 No es español quien tan vitanda y fea  
 Me la atribuye á mi; del mal el menos;  
 Ni habrá español que tan bestial me crea. —  
 Mas ¿quién con ojos ¡ay! miró serenos  
 Otra profanacion ruda, inaudita....  
 ¡Y esta no hay que achacarla á los ajenos!  
 Mi humilde cara al fin, fea ó bonita,  
 Porque algun Orbaneja la adultere  
 Poco al lustre español pone ni quita;  
 Pero que á un hombre excelso se vulnere  
 Hasta el punto ¡oh dolor! de que su rostro  
 En despreciable trasto degenera,  
 Es atentado atroz que ni Cagliostro  
 Osara concebir, y á su memoria  
 Herido en cuerpo y ánima me postro.  
 Aquel *Fenix* de España, cuya gloria  
 No es ignorada ya ni del mas drope:  
 Tal le encumbra en sus páginas la historia;  
 El mimado de Clío y de Calíope  
 Y Talia y Melpómene y Erato;  
 Lope de Vega, en fin, Lope, el gran Lope,  
 Largo tiempo ¡oh baldón! ¡oh desacato!  
 De molde de pelucas ha servido,  
 Comprado no sé á quién en un barato. —  
 Cuenta al hoarado artífice no pido  
 De aplicar á tan sucio ministerio  
 El busto de aquel hombre esclarecido.  
 Ignoraba que hacia un vituperio  
 Al poeta amenísimo y fecundo  
 Que con su nombre llena el hemisferio  
 Culpó, sea quien fuere, al que de inmundo  
 Interés arrastrado, hizo á sabiendas  
 Tráfico vil del vate sin segundo.  
 ¡Tú, Lope mío, tú por esas tiendas  
 Sirviendo de irrisión al transeunte!  
 ¡Así han hecho de ti carnestolendas!  
 ¡Tú con bucles cosidos á pespunte  
 Sobre esa frente que de lauro Febo  
 Ciñó, y de nardo y rosas Amatunte!  
 ¡En guisa tú de frívolo mancebo  
 Ostentando risibles papillotes  
 Sobre greñas robadas al Erebo!  
 ¡Quién de tu ingenio las preclaras dotes  
 En ese maniquí reconociera  
 Que ya sirvió para dos mil cogotes?  
 ¡Cabe suerte mas triste y lastimera?

¡Peladas viera yo todas las nuvas  
 Antes que befa tál de tí se hiciera!  
 ¿Qué se suele decir de Juan ó Lucas  
 Para acusar de huero á su meollo?  
 «¡Soberbio molde para hacer pelucas!»  
 Por dicha ¡oh Lope! el lacio perifollo  
 Del postizo sacrilego pelambre  
 Que tu cabeza convirtió en repollo  
 No te atormenta ya, ni el duro alambre  
 Que, aun formada de leño inanimado,  
 Diera á tu noble sien fiero calambre.  
 Tan baja servidumbre mal tu grado  
 No ha de afrentarte más; que un buen patrio  
 Digno de alto loor te ha rescatado. (1)  
 Vates iberos, por tan buen servicio  
 Gracias le dad inmensas, y el Museo  
 Galardone tan alto beneficio.  
 Yo, pedestre individuo del febeo  
 Claustro insigne; yo, el último del banco,  
 A mi modo lo aplaudo y victoreo,  
 Y si en la librería no me estanco,  
 A los nombres de ilustres españoles  
 Se añadirá de hoy más el de *Taranco*. —  
 Vista pues la ruindad de tres bemoles  
 Que al buen Lope injurió, la que me ensaña  
 No vale, á la verdad, tres caracoles.  
 No como quiera al público se engaña,  
 Y quien por muestra tan soez me busque,  
 De fijo no me encuentra; no me araña.  
 No mas la ciega cólera me ofusque,  
 Que habas cuecen abondo en todas partes,  
 Y mi oración no pase del *¿quousque...*  
 Contra ese *Catilina* de las artes.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

#### EL CRIADO PRUDENTE.

Uno de los criados de Federico el Grande le hizo impacientarse de tal modo en cierto dia, que el monarca le pegó una bofetada, y le desarregló el pelo. El criado, con la mayor sangre fria, se fué á colocar delante de un espejo que habia en la cámara del rey y se atusó los rizos que se habian deshecho. «¿Qué es eso, bribon, dijo Federico, tienes atrevimiento?...» — «Señor, respondió el criado, lo hago para que las personas que hay en la antecámara no conozcan lo que ha pasado entre nosotros dos.» El rey no pudo menos de echarse á reir y se marchó á otra habitacion.

#### EL REY DE PRUSIA Y SU MEDICO.

El gran Federico le dijo un dia á su médico: — «Háblame V. con franqueza, doctor, ¿cuántos hombres ha matado V. en toda su vida?» «Señor, respondió el discípulo de Galeno, próximamente 300000 me-nos que V. M.»

#### GEROGLIFICO.



#### SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

La valerosa caravela del audaz Colon surcó mares ignorados hasta dar con América.

(1) El señor don Carlos Ortiz de Taranco, sugeto muy apasionado á las bellas artes, que posee un selecto gabinete de curiosidades artísticas, y entre ellas una copiosa coleccion, única tal vez en su clase, de retratos de cortas dimensiones, debidos en gran parte á los mas célebres pintores.

Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. AL-HAMBRA, Jacometrezo, 26.